
CAPITULO XVI

ALIANZA DE LOS CIENTÍFICOS CON LOS CONSERVADORES.—TENDENCIAS DEL PARTIDO CIENTÍFICO.—CIENTÍFICOS ACTIVOS.—SU LABOR.

I

CEN su afán de sobresalir, la prensa científica, poco conocedora del terreno que pisa, se ha atrevido, para sacar á flote á los suyos, á censurar todo aquello que no sea «científico» ni comulga con sus ideas. Los jefes del partido aprueban la defensa con ardimiento, y recomiendan se redoblen los esfuerzos en pro de *tan buena causa*.

Parece que los científicos, ante el triunfo de sus ideas, no paran en medios. Suspensa la atención pública sobre sus actos, ellos procuran halagar con ruidosos festines. El viaje del señor Secretario de Hacienda, aunque remotamente relacionado con la cuestión de la plata (con haber mandado un agente financiero, era bastante), obedecía á miras muy altas y de gran trascendencia para el partido y su triunfo seguro. Quisieron los *leaders* políticos po-

ner de relieve su habilidad diplomática; ¿lo lograron? Estando el general Díaz en la Presidencia, es muy difícil engañar á un hombre tan hábil como diestro gobernante. El señor Díaz fué tan grande en la guerra, como sublime es en la jefatura de Estado; la preponderancia la debe á ese tacto finísimo y á un ojo certero para conocer á los hombres que lo rodean. En torno de tan corpulento y frondoso árbol, pueden crecer los arbustos y erguir altivos su copa; pero quedarán reducidos á destrozos pequeños y raquíticos fragmentos, si él sacude con ira sus tupidas ramas. Algo parecido acontecería con el señor Presidente Díaz: ve levantarse en su rededor á los que juraron serle fieles; los observa, delinea y estudia, quedando pendiente de todos sus actos. Ningún movimiento se le oculta, porque es un filósofo humanista que todo lo abarca y todo lo investiga. ¿Desconocerá los impulsos de los científicos? ¿Ignorará sus pretensiones?

La ausencia del *leader* del Partido Científico obedió á los trabajos de sus correligionarios: el viaje del señor Limantour es un convenio tácito entre los suyos, para los trabajos de la llamada Convención Nacional Liberal. Hizo el gran científico esta argumentación: «La Convención Nacional Liberal me postula como su único y legítimo jefe; quiere que yo sea proclamado como Presidente del país. Naturalmente, yo, como miembro de un gabinete cuyo jefe presidencial lo es el general Díaz, debo procurar ignorar toda clase de trabajos en mi favor; de lo contrario, disfrutando de la amistad y de las confianzas del Presidente, parecería una ingratitud, una rebel-

día, todo paso que indicara aprobación mía para la postulación de esa Convención Nacional Liberal.

Esto, por una parte. Por la otra, yo tengo compromisos solemnes con mis allegados en ideas de credo político. Mañana ó pasado, llegará á faltar el actual Presidente, y podría subir al poder alguno de mis enemigos; entonces, no sólo yo sería el perjudicado, sino que, debiendo el partido tantos odios, los perjuicios serían generales y los científicos desaparecerían de la escena pública. ¿Cuántas pasiones no hay enfrenadas con la presencia del general Díaz? Mis adversarios son muchos y poderosos, y con ellos está el pueblo, porque ellos representan el elemento militar, la fuerza viva de la nación; en un país como el nuestro, las masas encarnan en el ejército, y desechan el poder civil. Con estos elementos unidos, pueblo y ejército, el Partido Científico tendrá que perecer, y sus «apóstoles» que tocar á dispersión.

Para buscar una solución favorable, que no hiera en lo más mínimo el amor propio de quien me ha dispensado inmerecida amistad, al problema, sirviéndome de pretexto la baja de plata y la famosa «política ferrocarrilera,» emprenderé un viaje al extranjero. Mi ausencia autorizará á mis partidarios para que hagan sus activos trabajos con la artimaña que los caracteriza, y yo me exhibiré en el viejo mundo — ante las naciones amigas — como hombre de crecidos quilates políticos. Presentado en los círculos diplomáticos y financieros como hábil estadista, nivelador de la hacienda pública de México, podré demostrar que soy el único que puede garantizarles la prosperidad de sus capitales con inversiones en la

república. Es seguro que nuestra grandeza depende del capital y la inmigración extranjeros; y, enterados los interesados en nuestras cosas de nuestras condiciones económicas; contaré, desde luego, con las simpatías de los gobiernos de allende los mares, quienes podrán darme popularidad y apoyo, para conseguir mi objeto.

Por más que se diga, es mucha la influencia de las potencias amigas en los asuntos interiores de un país, conocidas las constituciones y los tratados internacionales modernos.»

Poco más ó menos, así ha de haber pensado el jefe del Partido Científico. Los festejos que se le han hecho en el extranjero, se deben á la mano de los científicos, pues, relacionados con lo más poderoso de la banca y el comercio europeo, comenzaron á manejar el tinglado desde aquí, para que los accionistas extranjeros de empresas en México hicieran popular la figura del señor Limantour. Y como tanto en Londres, París y Berlín, ciudades de los grandes movimientos de capitales, hay personas interesadas en nuestros negocios, en las tres poblaciones europeas fué obsequiado con banquetes el *leader* científico.

Naturalmente, en vista de su obra, los convencionalistas hacían realzar aquellas manifestaciones, para que el pueblo aprecie las grandes simpatías que los europeos tienen á su jefe. Sin embargo, el pueblo no se deja ir de bruces en estas cosas, porque llegó á conocer los ardites de los científicos.

¿Se necesita ser de grandes tamaños para recibir obsequios en el extranjero? Relacionados los miembros del partido con personas de negocios, con or-

denar las casas de México á sus corresponsales en Europa, así como lo fué al señor Limantour, á cualquiera se le rinden homenajes. A esto se agrega que el jefe científico iba con la investidura de Secretario de Hacienda.

Para probar lo dicho, basta recordar las cariñosas manifestaciones de gran estimación, tributadas en los Estados Unidos y Cuba al señor licenciado don Joaquín Baranda, á raíz de su renuncia del Ministerio de Justicia é Instrucción Pública. Y si el señor Baranda hace extensiva su excursión á Europa, allí lo hubieran recibido con los mismos honores.

Ya ven los científicos que el bombo que han hecho por las manifestaciones tributadas al señor Limantour en Europa, aparte de ser sugeridas por ellos mismos, no tienen mucha importancia. El día que el señor general Díaz visite á Europa, entonces verán lo que son demostraciones espontáneas de los pueblos civilizados: el héroe de la guerra y de la paz será aclamado en el mismo corazón del viejo mundo, porque se le admira y se le aplaude ahí.

Creo que mayores honores recibirá el señor Mariscal, Secretario de Relaciones, y esto que no va á exhibirse como candidato á la Presidencia, ni lleva las recomendaciones de los que esperan franquicias de la hacienda pública.

De modo que la alharaca producida por las manifestaciones extranjeras al caudillo científico, ya sabemos á qué obedecen, lo mismo que el viaje intempestivo del *leader* político.

II

Los científicos no han perdonado ningún medio de propaganda; ya no es la que pasea en triunfal procesión á su jefe por Europa, sino otra que podría ser de mejores resultados, si tuviesen más prestigio político los aliados. Ultimamente han querido establecer pactos de alianza con el Partido Conservador, y han empleado toda la astucia que los distingue y caracteriza.

Si yo no rechazara á los científicos como agrupación política; si su conducta fuera más leal y franca, desde luego yo sería el más ardiente admirador de hombres tan hábiles y sagaces. Ellos no paran ni descansan, están en continuo movimiento. Hacerse de los conservadores, ellos que son liberales y libre-pensadores los más, para obtener el poder y tener la victoria segura, en verdad que, ó es un paso de gran política, ó una paradoja terrible.

¿Cómo se concibe que los mismos que ayer contribuyeron para la caída desastrosa de los conservadores, hoy vayan en pos de alianzas? ¡Parece mentira que los autores de la Reforma constitucional, los sostenedores del libre pienso, los defensores del laicismo escolar, los apóstoles de la separación de la Iglesia y el Estado, los predicadores de la desamortización de bienes eclesiásticos, y, en fin, los denunciadores de conventos y monjas, ocurren de hinojos á los conservadores, para tener su cooperación! ¿Será esto una farsa ó una verdad? ¿Será posible

que ayer, desechando el concurso de los que no pensaban como ellos en los trabajos de la Convención Nacional Liberal, ahora impetren el auxilio de los caídos?

Todo podrá ser, pero que los científicos han pactado alianza con el Partido Conservador, es un hecho puesto fuera de duda. Estoy por asegurar hasta los puntos cómo se hizo el pacto.

Los científicos, al renunciar sus exigencias y aceptar el contingente de los conservadores, no han tenido empacho en dar tregua á los principios religiosos ó filosóficos, si, en cambio, pueden contar con la mayoría del número. Bien aleccionados en cuestiones aritméticas, saben que los números de más cifras son los que llenan las cajas del tesoro particular. Haciendo otra clase de aplicaciones con las ciencias exactas, se dijeron: «En las urnas electorales el número mayor es el que vence; nosotros que somos hábiles calculadores, hagamos que resulten los más grandes números en provecho de nuestro jefe. Tras de la mayoría del número electoral, sigue luego la mayoría del número de ingreso en las arcas privadas; mientras que si viene pequeño á las urnas, el fracaso es seguro y de doble efecto: derrota en el triunfo y pérdida de esperanzas en los negocios «de seguros resultados.»

Un razonamiento hecho de un modo tan tranquilo y sentencioso por gentes que, antes que á rezar, aprendieron á manejar la complicación de los números escritos, tenía que dar por resultado algo extraordinario. Pensaron, excogitaron medios y, por fin, pudieron venir á decir: Nuestro credo político no que-

dará afectado con procurar una alianza ofensiva y defensiva con un partido que ha ido mejorando de ideas; y que, por lo mismo del desarrollo positivo, habrá tenido que evolucionar. Antes existía mucha diferencia entre conservadores y liberales, porque unos y otros eran extremos; pero hoy, gracias á las circunstancias, ambos partidos han cedido en sus pretensiones. Después de los descalabros sufridos por el Partido Conservador, ha dulcificado su carácter y llegado á un medio de conciliación. Olvidado hace muchos años, es natural que aspire á figurar en la política, aunque sea agitándose en la sombra. Y como, dadas las actuales condiciones de la república, nosotros tenemos que tirar la piedra sin enseñar la mano, los conservadores, mediante un plan de conciliaciones recíprocas, aceptarán una alianza que les propongamos, prometiéndoles mucho, sin cumplirles nada.

En verdad que el discurso era tentador. Las proposiciones de los científicos llegaron á oídos de los conservadores que, muertos, colean. Estos rechazaron, al principio, el pacto, porque alegaban agravios inferidos á «sentimientos religiosos,» lo mismo que el haberlos excluído de la convocatoria de la Convención Nacional Liberal. Quisieron hacer poderosos motivos de disgusto de cosas baladés; pero algo habían de hacer, ya que eran llamados á entrar en acción de nuevo, después de una larga muerte política.

La resurrección del Partido Conservador, digo, la aparición de él nuevamente en escena, siguiendo su programa de ocultismo, sería un gran golpe políti-

co para los científicos; porque llevar al campo de lucha á los viejos conservadores y tener disponible una fuerza incontrastable á disposición, en verdad, es para sorprender la atención del público y apellidar al Partido Científico como el más audaz.

Además, directores los científicos de una política de sombras, podían hacer caer á los conservadores en sus redes, máxime que el credo conservador de ahora se identifica con el científico.

Mediante ciertas promesas, de medrar á la sombra del poder unos y otros, se pactó la alianza. Y hubieran pasado por alto los trámites y fin del pacto, á no encargarse á poner en claro las cosas, con su conducta científica, un encopetado periódico católico, que, en cierto modo, si no es órgano de los conservadores, sí lo aprovechan para sus fines. Los conservadores, más huraños que los científicos, no gastan dinero en prensa para tener defensores públicos; enemigos de gasto alguno, impetran la defensa en nombre del credo y sin que les cueste nada. Pero, de todos modos, las convicciones del diario en cuestión son eco directo del partido que se piensa en resucitar.

Si no de una manera explícita, pero sí tácitamente, tan luego como los conservadores perdieron toda clase de escrúpulos de conciencia, comunicaron éstos la noticia de un modo oficial al oficioso y «platónico» defensor. Sabida y recibida la orden, el periódico en cuestión, olvidando privilegios divinos y humanos, se puso, con los suyos, al lado de los científicos.